

PERSONA NORMAL

Benito Taibo

PERSONA NORMAL

DESTINO

Diseño de portada: Jorge Garnica, La Geometría Secreta

© 2011, Benito Taibo

Derechos reservados

© 2011, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.

Bajo el sello editorial DESTINO M.R.

Avenida Presidente Masarik núm. 111, 2o. piso

Colonia Chapultepec Morales

C.P. 11570 México, D.F.

www.editorialplaneta.com.mx

Primera edición: septiembre de 2011

ISBN: 978-607-07-0898-5

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Impreso en los talleres de Litográfica Ingramex, S.A. de C.V.

Centeno núm. 162, colonia Granjas Esmeralda, México, D.F.

Impreso y hecho en México – *Printed and made in Mexico*

TEMPESTAD

Llueve.

La mujer debajo del farol se tapa la cabeza con un periódico mientras cae sobre ella toda el agua del mundo. No está contenta. Mira una y otra vez las luces de los autos que se acercan y aparece en su cara, cuando los faros la iluminan, un pequeño destello de esperanza, para inmediatamente dar paso al mohín de disgusto que ha marcado su rostro los últimos veinte minutos al descubrir que ése que viene no es a quien espera y que pasa de largo.

Está empapada.

El periódico se está deshaciendo entre sus manos y sobre el pelo. Ya van dos veces que los coches pasan tan cerca, sobre el inmenso charco que se ha hecho a sus pies, que la sumergen en un torrente de líquidos oscuros.

Yo estoy mirándola por la ventana, tengo doce años y unas inmensas ganas de bajar a ofrecerle una toalla blanca y limpia de las que están guardadas en el clóset del fondo del pasillo.

El aguacero arrecia. Ella ha optado por soltar el periódico y recibir la lluvia de manera franca y resignada. Tiene trozos de la sección de deportes en los hombros de la gabardina beige que ahora es mucho más oscura, un jugador de fut se le deshace en la manga.

Las coladeras de la ciudad de México siempre están tapadas. Por eso cada lluvia, por pequeña que sea, convierte las calles en ríos, devolviéndole su calidad fluvial a la antigua capital del imperio mexica.

Me da una enorme tristeza. La han dejado plantada. Los minutos pasan y la lluvia me impide ver las lágrimas que seguramente, también como el agua, inundan sus mejillas.

No viene nadie por ella.

El nivel del torrente ha subido tanto que ya está por encima de sus tobillos. La muchacha intenta mirar sus zapatos hundidos en el agua y una sonrisa resignada, como una mueca, atraviesa su rostro.

Llueve. Y el pavimento ha desaparecido en la corriente.

A lo lejos se ve una antorcha que avanza por el medio de la calle, zigzagueante. El agua no la apaga, es como si por lo contrario, el fuego se avivara, se volviera más poderoso. Ella pone una mano a modo de visera sobre los ojos intentando descifrar el misterio. Ya es una crecida extraordinaria. La mujer se sostiene con los dos brazos de un poste de luz mientras el líquido le llega a las rodillas, haciendo flotar los volantes de su vestido verde con flores estampadas, el pánico comienza a apoderarse de su rostro. Yo debería hablarle a los bomberos, pero la llama al final de la calle me detiene.

Ya está la luz en la bocacalle. Sigue la tea imperturbable, tremendamente ágil abriéndose paso entre las ramas, basura que flota, un puesto de periódicos a la deriva, una bicicleta sin dueño que es arrastrada por la fuerza implacable del diluvio.

Casi llega hasta donde ella se aferra al poste que se ha vuelto asidero a la vida.

Ve entonces una góndola negra y enorme, de madera bruñida, que en el frente lleva un león rampante de bronce que refulge bajo la poderosa exhalación del fuego de la antorcha que corona su proa. Quien la guía, magistralmente, es un hombretón de barba grisácea y camisa de rayas horizontales azules y blancas; lleva un sombrerito de paja con una cinta azul al frente y tres estrellas bordadas en plata.

Maniobrando elegantemente se pone junto al poste.

Ella tiene la boca abierta. Yo también.

En el centro de la góndola hay una casetita de madera que tiene ventanas a los lados y visillos de brocado. De allí sale un hombre de turbante color rojo sangre que se incorpora sonriente. Lleva una kurta del mismo color y una espada enorme a la cintura. Al levantarse se nota que es muy alto, musculoso. A pesar de la cortina de agua, noto claramente que tiene la tez bronceada de los nativos de Malasia, una barba de candado y unos ojos que refulgen como el fuego mismo.

Se acerca a la muchacha y le tiende elegantemente una mano. Ella mira hacia todos lados intentando encontrar la salida de esa obra de teatro a la que no ha sido invitada.

La góndola sigue allí, quieta. Como si poderosos imanes la mantuvieran contra el suelo, ese suelo que ya no se ve bajo el agua oscura y amenazante.

La muchacha duda un instante. Tiende su mano al aire, él la toma y con un ágil movimiento la hace abordar, salvándola.

Y pasando un brazo por sobre sus hombros, la introduce a la cabina.

El gondolero comienza a mover su pértiga con fuerza y la nave retoma el centro del canal en que se ha convertido la calle. Parece que va cantando. Estoy a punto de abrir la ventana para oírlo, cuando, desde la cocina, mi tío grita:

—¡Ya casi está la cena! ¿Qué estás haciendo?

Y estoy a punto de contarle el prodigio de lo que acaba de suceder antes mis ojos cuando me contengo.

—Nada. Viendo llover —y levanto la voz sobre el diluvio.

Será que él mismo, mi tío Paco, me ha dicho más de cien veces que los sueños son de quien los sueña, y de nadie más.

DE LO QUE TENÍA Y LO QUE TENGO

Tener doce años es lo mismo que no tener nada.

Todo el mundo te dice lo que tienes que hacer, cómo vestirme y peinarte, cómo comer con cuchillo y tenedor, cómo sonarte los mocos, cómo saludar a las personas mayores.

Las posibilidades de que te escojan, si además eres bajito, en el equipo de fútbol de la escuela, son casi nulas. El mundo de los otros, de los adultos, es extraño y complejo, como una galaxia lejana, difícil, lleno de sobrentendidos y cosas que no se dicen, tal vez porque las han dicho muchas veces. Cada vez que entras a una habitación donde hay más de dos personas mayores de 25 años, dejan de hablar de lo que están hablando, como si alguien tuviera un dispositivo especial escondido en la bolsa del pantalón o la gabardina y lo oprimiera, para que, instantáneamente, todos al mismo tiempo, como en el ballet o un coro de televisión, cambien de tema. Antes no era así; a los seis o siete, podías escuchar las cosas más sorprendentes, como que la esposa de don Arturo era muuuy *hooker* (y lo decían en inglés, confiando en que no entendieras, aunque te quedara claro que era muy zorra porque además se le notaba) o que Pepe había perdido todo en Las Vegas por *asshole* y por prepotente.

Pero a los doce no, claro que no. Como si al momento de cumplirlos, con el pastel de cumpleaños y las velas, viniera incluido el entendimiento de las pasiones humanas, altas y bajas. Y eso, señoras y señores, es completamente falso.

Como si fuera ayer, veo claramente, sobre todo si cierro los ojos, a mis padres, muy acaramelados hablando en la sala, bebiendo de sus copas y platicando como los mejores amigos del mundo, contándose uno al otro lo que pasó durante el día en voz alta, entre sonoras carcajadas, y me veo a mí mismo, mirando la televisión, sentado en el suelo a sus pies. Viendo lo que fuera, pero intentando captar trozos de conversación que involucraran a amigos y conocidos.

Pero mamá, sobre todo mamá, además de unos ojos enormes y bellos, tenía dos antenas, como de marciano, y gracias a ellas, sabía, siempre de los siemprevivos, cuándo quedarse callada prudentemente. Y había, así, silencios metidos en medio de las palabras que hacían de la conversación algo curioso e incomprensible, como si fuera una de esas obras de teatro modernas donde todo el mundo dice cosas que nadie acaba de entender, pero a las que se aplaude en cuanto cae el telón.

Por lo tanto, yo era como una enciclopedia con huecos en blanco. Como uno de esos exámenes que tienes que hacer para pasar el curso, en los que hay que rellenar los espacios con las palabras correctas. Por ejemplo, recuerdo que «Mariela es bien _____ y cada vez que salía por las noches se _____ con cualquiera. Ahhh, pero eso no es lo peor, ya van dos veces que en el hospital de _____, sí, ése que está en la calle de _____, le han practicado _____. Pobrecita, cuando quiera tener un _____, se las va a ver negras. Porque los años no perdonan».

Y a pesar de la obviedad y de los problemas de Mariela, que cualquiera puede adivinar fácilmente, yo me divertía como enano poniendo lo primero que se me ocurría en los trozos de información prohibida.

Así, hoy puedo decir, que Mariela era (porque ya no es) bien eléctrica y que cada vez que salía por las noches se estrellaba con

cualquiera. Sé, también, que dos veces en el hospital de radios, ése que está en la calle de Niño Perdido le han practicado fresas. ¡Pobre Mariela! Cuando quiso tener osos polares blancos, se las vio negras. Todo el mundo lo sabe. Porque los años no perdonan.

Yo nunca conocí a Mariela, pero sé, porque me lo contaron ya de adulto, que murió tontamente, de una tonta apendicitis mal cuidada.

Así que, a los doce, tenía poca información, pero tenía otras muchas cosas; como una bicicleta «banana», con un largo manubrio y llantas más gruesas que las normales. Le ponía un globito entre los rayos de atrás y cada vez que avanzaba, sonaba como si fuera una poderosa motocicleta, o como si se fuera echando pedos de ametralladora. Yo prefería lo de la moto, pero realmente, sí sonaba a pedos de ametralladora y mi padre se desternillaba de la risa.

Tenía también 943 soldados de plástico; cuatrocientos nazis grises y 543 estadounidenses verdes. En las batallas que organizaba en el pasillo que llevaba hasta mi cuarto, siempre ganaban los gringos. Será que eran más.

Tenía patines de hielo que originalmente eran blancos, porque originalmente eran de la tía Pili y en cuanto llegaron a mis manos fueron pintados de negro, porque los patines blancos eran de niña y yo lo que quería era patinar y no terminar a golpes en medio de la pista acusado de *mariquita*.

Tenía una mochila llena de canicas y estampas de jugadores de fútbol y una resortera con la que nunca apunté a nadie y coches de metal, algunos sin una rueda. La llevaba a todos lados, como si fuera a necesitarla en cualquier momento. Su pérdida hubiera sido la pérdida de mi propia identidad.

Tenía tres amigos-amigos y un montón de cuates a los que saludaba de lejecitos y a los que no les contaría cosas íntimas. Tenía un puesto de «suplente» en el equipo de fútbol de la escuela y tenía también un termo que siempre iba lleno de agua de sabor y el cual vaciaba en casa, al llegar de partidos o entrenamientos, porque siempre prefería los refrescos con gas que nos daban al terminar. Mi

madre estaba orgullosa de que yo no bebiera refrescos y yo estaba orgulloso de mi capacidad de hacerla creer que debía estar orgullosa de mí. Los dos lo sabíamos y nos seguíamos el juego.

Tenía tratos y negocios extrañísimos con Armando, el de la ferretería, que también vendía, además de clavos y tornillos, cigarritos sueltos y revistas con mujeres desnudas.

Tenía a mi tío Paco, hermano de mi madre, que además de tío, y todo el mundo lo sabía, era la *oveja negra* de la familia. Será que hacía lo que quería, como desaparecer por semanas sin que nadie supiera su paradero, o decir lo que pensaba, como que el presidente de la república era un cabrón, mientras todos lo callaban y le hacían ¡shhhh! en las comidas de los domingos. Y la verdad no sé por qué lo callaban, a las comidas de los domingos no iba nadie que trabajara con el presidente, ni otro cualquiera que pudiera irle con el chisme. El tío Paco era la *debilidad* (así decían todos) de mi madre, su único hermano. Antropólogo, medio poeta, medio subversivo, medio loco (¡completo!) y medio raro. Y cuando digo medio raro no es que lo diga yo, lo decía la tía Pili, que era fresa-fresa, y ponía a todo volumen canciones de Rocío Durcal y de Raphael, cuando al tío lo que le gustaba eran los Rolling Stones y The Who.

Tenía un reloj de pulsera negro que parecía no funcionar, porque los días se me hacían interminablemente largos y los fines de semana, sorprendentemente cortos.

Tenía, todos los domingos por la noche, una opresión en el pecho que no me dejaba respirar bien y que me impedía dormir. Claro, será que también tenía en la mochila, en la de la escuela, llena de libros, sacapuntas, compases, reglas y cuadernos, esa libreta maldita donde no había hecho la tarea. Conservo, todavía hoy, esa sensación, domingo a domingo, a pesar de que no tenga escuela ni tarea.

Tenía un par de padres divertidos y jóvenes y llenos de sueños y de planes. Pero a mis doce años, cinco meses, tres días y dos horas y cuarto, aproximadamente, me quedé sin ellos.

Se estrellaron volviendo de una comida en la carretera de Cuernavaca contra un camión que transportaba cemento. Así que, me quedé solo.

Bueno, no del todo. El tío Paco se vino a vivir a la casa y a cuidarme. No sé por qué él.

Ésta es la historia, la historia de mi vida extraordinaria con Paco.

Agradezco cada uno de esos momentos vividos, desde el fondo de mi alma.

DE CÓMO SOBREVIVIR EN UNA ISLA DESIERTA

—¡Viernes! ¡Ya son las siete y cuarto, no vas a llegar a la escuela!

Amodorrado, arrastrando los pies, quitándome las lagañas de los ojos, veo a mi tío trasegando con sartenes y cubiertos en la cocina. Estoy enojado, muy enojado.

—No me llamo Viernes, tío Paco. Me llamo Sebastián.

—Nop. Hoy te llamas Viernes. Y yo me llamo Robinson. Pero me puedes decir «jefe».

—¡Estás loco! ¡Jamaaaaás te voy a decir «jefe»! ¿De qué hablas? ¡Además hoy es sábado y los sábados no hay escuela, carajo!

—Bonita palabra. Ya hablaremos luego de lo que significa. ¿Porque no lo sabes, verdad? —y lo miré desde mis doce años, apretando firmemente los labios por única respuesta.

—Tranquilo, siéntate allí —y señaló una banca de madera en el barra que separa la cocina del pasillo.

Lo hago a regañadientes. Nunca había dicho carajo en voz alta, no mientras mis padres vivían. Ha puesto frente a mí un plato que tiene dos huevos estrellados, pero en vez de clara, las yemas están perfectamente puestas en los huecos de sendas rebanadas de piña en almíbar.

—¿Qué es esto?

—Mis famosísimos «huevos tropicales». ¿No es notorio?

—Y, ¿por qué vamos a comer tus fa-mo-sí-si-mos huevos tropicales?

—Aaaaay, Viernes. Porque eso es lo que se come en las islas desiertas. Lo que hay, pues.

Hice acopio de toda la paciencia que puede tener un niño de doce años y en vez de pegar dos o tres gritos, insultarlo o irme a mi cuarto a dar un portazo sonoro y contundente, probé, a regañadientes, los huevos tropicales.

Y puedo decir que estaban buenísimos. El pan tal vez demasiado tostado, pero el tío insistió en que en las islas desiertas «así es el pan tostado», con lo cual te dejaba muy pocos argumentos para rebatirle. También había jugo de guayaba mezclado con ginger ale y hielos y mermelada roja.

—¿Mantequilla? —pregunté, empezando a divertirme con el juego.

—En esta isla desierta no hay vacas —respondió sin dudar.

—¿De dónde salió el ginger ale? —dije socarronamente.

—Del refri —dijo, restándole importancia—. Además, ¿qué tiene que ver la leche con el ginger ale? Ésa fue una pregunta totalmente fuera de lugar.

De acuerdo, le voy a seguir el juego.

Estamos en una isla desierta donde no hay vacas, pero sí refrigeradores y huevos con piña y mermelada roja y ginger ale. Él se llama Robinson y no le diré jefe aunque me haga manita de puerco, y yo soy Viernes, ni modo, sólo un rato. Me llamo Sebastián. Una sola cosa me seguía dando vueltas en la cabeza mientras miraba el reloj de la cocina que marcaba poco más de las 7.20 de la mañana.

—¿En esta isla desierta, hoy es sábado? —pregunté mordiendo un trozo de pan con mermelada y huevos con piña.

—Claro, es sábado como en el resto del mundo —dudó un instante—. Bueno, no. En algunos lugares ya es domingo y en otros viernes al filo de la medianoche. Depende de los husos horarios.

No sé exactamente qué hora es en Mindanao. ¿Quieres saber la hora exacta de Mindanao? Porque puedo averiguarlo.

—No. No quiero. Hoy, aquí es sábado. Por lo tanto, no hay escuela, como en el resto del país con este mismo huso horario —afirmé sabihondo.

—Eso no es del todo cierto, Viernes —dijo él mientras bebía a grandes y sonoros sorbos de su vaso.

—¿O sea?

—O sea, que hoy vas a aprender aunque no haya escuela. ¿Quieres leche?

—Ohhh, ¿no que no había vacas?

Y, capturado en falta, por un instante lo hice trastabillar en su interpretación, salir del ensueño. Pero hábil como pocos, volvió a su papel casi sin transición.

—Es leche en polvo. ¿Quieres o no quieres leche? ¡Carajo, Viernes!

Y yo estallé en carcajadas, cayéndome del banco y descubriendo que sí, sí había escuela y seguramente muchas cosas por aprender.

—¡Dijiste carajo! Ésa es una mala palabra —le espeté en medio de un ataque de risa que me impedía casi hablar.

El tío, muy serio, salió de la cocina y se fue a su habitación, escaleras arriba, para volver, minutos después con un birrete polvoriento sobre la cabeza, de éstos que usan los alumnos cuando se gradúan en las preparatorias gringas y que me he cansado de ver en la televisión. Traía dos tomos de enciclopedia, gordos y grandes entre las manos. Temí lo peor. Yo esperaba que me recetara los significados de la palabra y su origen latino, pero no. Los plantó en el suelo y se puso de pie sobre ellos. Ya no era Robinson. Empezó a hablar como maestro, engolando la voz.

—No, no es una mala palabra. Es sólo una palabra. Las palabras, *bachiller*, están acompañadas por la intención que se les quiera dar. ¡Ejemplo! Diga usted ahora mismo (y me señalaba con el índice de la mano derecha) cualquier palabra, la que desee, vamos, ¡sin miedo!...

Lo dudé. Tampoco es que yo fuera un diccionario... ¡tan sólo tenía doce años!

—¡Escorbuto! —grité. Me pareció lo suficientemente exótica y acababa de escucharla en la clase de historia. Es una enfermedad que le daba a los marineros por no comer vegetales y frutas frescas durante las largas travesías y que hacía que se les cayeran los dientes.

Contra lo que me esperaba, el tío no murió de la risa, por el contrario, se puso muy serio, me miró fijamente a los ojos y dijo:

—¡Estoy hasta el escorbuto! ¿Qué me mira, pedazo de escorbuto? ¡Va usted a seguir haciendo escorbutadas! —bajó del pódium enciclopédico y vino a sentarse a mi lado. Yo estaba un poco asustado por el tono que había empleado, brusco y violento, jamás lo había visto así.

—¿Ehhhh?

—Sí, sí. ¿Cuánto escorbuto más tendré que aguantar?

—Pues... ninguno. Escorbuto no es una mala palabra, es una enfermedad —le aclaré, usando el tono de voz más suave que pude, pensé que tal vez no me había comprendido.

—¡Ahhh! Usted está entendiendo perfectamente la lección del día de hoy. Las palabras, dependiendo del tono y la intención, cobran significados distintos. Si se dicen con mala fe, intentando herir, incluso las palabras aparentemente más sencillas pueden volverse horrorosas. Pero en el fondo, no son más que palabras.

—Pero hay algunas que cuando se dicen, todo el mundo se escandaliza.

—Porque no saben lo que significa. La gente le tiene muchísimo más miedo a las palabras que a los cañones. Las palabras han hecho revoluciones, puentes, caminos. Han logrado que la gente se enamore o se odie para siempre. Hay palabras grandes como *monocotiledónea* o *gastroenterólogo* y pequeñas pero poderosas como *paz*. Importantes como *justicia*, imprescindibles como *vida*, valiosas como *sueño*, muy poco significativas como *dinero*... Lo importante es cómo se usan y qué se quiere decir cuando se usan.

—¿Ejemplo? Necesito un ejemplo —insistí.

—Va. «Maestro, es usted un imbécil». Si lo dices en medio del salón de clases, ¿qué crees que pasaría?

—Que no me dejarían volver a entrar a la escuela en la vida —contesté riéndome e imaginándome la escena.

—Cierto. Por eso hay que evitarlo. Aunque lo pienses. Imbécil es una palabra suave que puede ser muy fuerte. No necesariamente hay que gritarla.

—Pero puede sonar terrible.

—Ese es el ejemplo. Cuando algo suena terrible es porque se está diciendo con la intención de que suene terrible. Por eso hay que pensar antes de decir y nunca dejar de decir lo que se piensa. Pero elegantemente: «Maestro, no coincido con su apreciación acerca de los posibles errores cometidos por Napoleón en Waterloo». Sí lo dices así, los demás van a escuchar, incluso si el maestro es un imbécil. ¿Entiendes la idea?

—Entiendo, Robinson, entiendo. Considero que usted cometió una imprudencia al despertarme en sábado. Y sin embargo, creo que esta escuela me gusta más que la otra.

—¡Bien! Se acabaron las clases. ¿Vamos al cine?